

que ser causa de la molestia que de ello recibian algunas sagradas religiones."

Este razonamiento tranquilo serenó el ánimo recto y sincero del obispo, de tal suerte que reconoció no solo la justicia, sino tambien el desinterés y la moderación con que habian procedido los jesuitas. Les agradeció la cesión del sitio, cosa que probablemente hasta entónces ignoraba; alzó la excomunión y dió francas licencias para ejercer el sagrado ministerio; escribió al provincial pidiendo que volviese á Oaxaca Diego López, llevando consigo algunos otros compañeros; dió unas casas de su propiedad, más acomodadas que las que fueron causa del disturbio, situadas entre la plaza real y la del marqués del Valle, en cuyo lugar se levantó despues el gran edificio conocido aún con el nombre de la "Compañía;" por todo el tiempo de su vida se valió de los jesuitas para cuantos negocios arduos se ofrecieron á su mitra; y finalmente, en manos de ellos, que singularmente le asistieron en su postrera enfermedad, entregó á Dios su alma, el 23 de Julio de 1579.

6.—La energía con que los jesuitas esta vez sostuvieron sus derechos en Oaxaca, era el preludio de la que desplegarían más tarde en Puebla contra el Illmo. obispo Palafox. Sin duda de tales debates reportan los pueblos alguna utilidad, pues defender el derecho de los inferiores equivale siempre á moderar la autoridad del superior: es suavizar el poder, reduciéndolo en su ejercicio á los términos estrictos de lo justo; pero á los jesuitas les han acarreado innumerables sinsabores y peligros. Semejantes discusiones impresionan desagradablemente á los que no reflexionan que no solo en el orden civil, sino tambien en la sociedad religiosa, no todos los derechos son indiscutibles, ni todos los hombres igualmente aptos para conocerlos. La malicia ó una culpable ignorancia frecuentemente las provocan; mas no es imposible que en medio de la turbación que ocasionan

resplandezcan la buena fé y la rectitud. Si no tan apasionado y ardiente como el Illmo. Palafox, Alburquerque era sólidamente instruido y sabio; á pesar de la intervención del arzobispo y del virey, hubiera podido continuar la lucha comenzada, con el estruendo que produce el choque de derechos; el no haberlo hecho demuestra con evidencia su sabiduría y su virtud. En la contienda, los jesuitas reportaron la victoria; al Sr Alburquerque pertenece la gloria de haber sabido ceder á la razón.

Los dominicos, autores del disturbio, ¹ tampoco se empeñaron en proseguir con su demanda, ántes bien, al ejemplo del obispo, fueron los más constantes en favorecerlos, no perdonando ocasion de darles muestras de la amistad más benévola y sincera. Así fué que á poco las dos comunidades celebraron una gran fiesta religiosa, predicando Alonso Ruiz, vicerector del colegio de la Compañía, con motivo de una reliquia de Santa Catalina, de que el provincial de jesuitas hizo donación á las monjas de Santo Domingo. Los fieles, tambien á porfía, se esmeraron en favorecer el Instituto, distinguiéndose D. Francisco de Alavez, D. Julian Ramírez y D. Juan Luis Martinez, dean de la catedral, quien al morir dejó á los jesuitas una renta de 300 pesos, mandando además, que del remanente de sus bienes se fundase á su cargo un colegio seminario con el nombre de San Juan, y caso de no tener esto efecto, se distribuyese el capital en obras pías. El seminario se fundó siendo su primer rector Juan Rogel. Además, con estos fondos y otras limosnas, Pedro Diaz, que habia sucedido en Oaxaca á Diego López, comenzó la casa y templo de la Compañía.

¹ Alegre, de quien tomamos estas noticias, no dice que hayan sido los dominicos; pero Rivas, en la historia MS. que dejó de los jesuitas, lo revela, (lib. 3, cap. 25). Además, que ninguna otra Orden religiosa se habia establecido entónces en Oaxaca.

Tal fué el éxito que tuvieron los disturbios ocasionados al arribo de los jesuitas á Oaxaca, notables por haber llamado la atención de la cabeza de la Iglesia, el Sr. Gregorio XIII, quien con motivo de estas deferencias expidió, el 30 de Octubre de 1576, su bula *Salvatoris domini*, honrosa en general á los jesuitas y en particular á su provincia mexicana.¹ De la Curia romana se había remitido también un mandamiento citatorio para que el obispo de Oaxaca compareciese personalmente dentro de dos años á dar cuenta de sus actos. Los jesuitas, en sus archivos, conservaron en mucho tiempo el original, que no fué notificado al Illmo. Alburquerque por haberse tornado de adversario en insigne bienhechor de la Compañía.

7.—No sobrevivió á estos acontecimientos el P. Diego López. Era natural de la villa de Castro en el Condado de Benavente. En Salamanca tomó el hábito de San Ignacio. En Sevilla se distinguió por su caridad con los presos y mujeres públicas. Fundó un colegio en Cádiz. Acompañó á las Canarias al obispo D. Bartolomé de Torres. En México, su vigorosa elocuencia logró admirables resultados. Cuando predicaba, el concurso llenaba el templo, los patios y las calles vecinas; y se dice que despues de oírle, los mercaderes trataban con más rectitud, los jueces eran más íntegros y el pueblo se apresuraba á enmendar sus malas costumbres. A esa misma elocuencia debió en Oaxaca no solo el afecto del pueblo sino también la fundación del colegio. Era incansable en el trabajo y prudente en sus deter-

¹ Adversis, dice la bula, *ordinum religiosis vigore, seu prætextu privilegiorum hujusmodi cannarum adhuc prout de facto tam in mexicana quam in Guaxicana Novæ Hispamæ civitatibus, non sine animi nostri displicentia molestantur, imo et excommunicationis sententia interdum feriuntur in christiani populi scandalum non modicum, &c.* (Rivas. Historia de la Compañía. MS. tom. 1, fol. 116).

minaciones: circunspecto y humilde, siempre recogido y siempre tranquilo, mereció bien la veneración y el amor de los oaxaqueños. Murió en México á los cuarenta y cinco años de edad, el 9 de Abril de 1579.

Juan Rogel tenía también gloriosos antecedentes cuando llegó á Oaxaca. Era natural de Pamplona. A instancias del rey de España, San Francisco de Borja lo envió á predicar el Evangelio en la Florida, en la que permaneció siete años sufriendo graves penalidades y atravesando con frecuencia peligros en que efectivamente murieron casi todos sus compañeros. En la Habana puso los cimientos del Colegio de Belen, y en México fué muy venerado por su intachable virtud. Con él estuvieron en Oaxaca, por 1578, Pedro Diaz, que sustituyó á Diego López, Alonso Ruiz, vicerector del colegio, y Pedro Mercado, que enseñaba retórica y gramática.

8.—Los dominicos habían acometido una obra grande, prosiguiéndola con incansable perseverancia y alcanzando la gloria de darle cima casi solos. En cincuenta años recorrieron todas las montañas, reconocieron todas las barrancas, hablaron á los indios en veinte idiomas diferentes, los reunieron en pueblos y levantaron por todas partes innumerables templos. Su objeto principal había sido convertir á los indios al cristianismo y defenderlos de las violencias de los españoles; los jesuitas escogieron para teatro de sus trabajos la ciudad misma de Antequera. Al principio se hicieron cargo de administrar á los mexicanos de la parroquia de Jalatlaco, á quienes reunían en un templo dedicado á San José, en que los veremos desplegar su acostumbrado celo; mas al fin los desampararon, ni se sabe que hubiesen cultivado con especial esmero alguna otra de indios de Oaxaca; pero no quedaron fuera del alcance de su actividad los vecinos de la ciudad.

Los primeros pobladores de Oaxaca adolecían de un vi-

cio propio de aquellos tiempos, reuniendo en incomprensible alianza la fé más ardiente con muy poco laudables costumbres, de manera que, miéntras con increíble arrojo, arrojando riesgos á porfía, rompian millares de ídolos, su vida era por otra parte licenciosa y muchos de sus actos punibles por crueles, manchando así su fama de héroes con vergonzosas flaquezas ó con lamentables abusos de fuerza. La fé ardiente habia sido inspiracion del catolicismo; las violencias procedian de las malas pasiones del hombre. Como prueba de que la doctrina católica jamás fecundó los sentimientos poco humanos de algunos españoles, se puede aducir la conducta de los dominicos, que supieron divorciar de la fuerza el celo cristiano, poniendo un abismo entre la opresion y las creencias, y consiguiendo hacer á los indios igualmente creyentes y libres. Los jesuitas tomaron sobre sí el cuidado de reformar en su parte viciada el carácter de los vecinos de Oaxaca.

Es verdad que los sacerdotes católicos presuponen la fé como fundamento de sus trabajos ulteriores; pero de ella inmediatamente derivan los preceptos de la moral, piedra de toque de toda buena legislacion y elemento necesario de todo órden social. Es verdad que los jesuitas no pensaban acaso en esto cuando inculcaban la observancia de los preceptos morales, pues su solo fin era la salvacion de las almas; pero por una sobreabundante eficacia de las instituciones cristianas, al ser planteadas con otro intento, afirmaban al mismo tiempo la sociedad. Los jesuitas, pues, al mismo tiempo que en su colegio hacian amable á la juventud la literatura y las ciencias, predicaban con frecuencia, con el caudal de los ricos socorrian á los pobres, visitaban y consolaban á los enfermos, eran en el confesonario incansables, y con su palabra y su ejemplo provocaban un movimiento general de reforma. Lo que deseaban consiguieron despues de algunos años, haciendo de Oaxaca una ciudad de devotos, es decir, de personas que no se permi-

tian el hurto, ni la embriaguez, ni el asesinato, ni el perjurio, ni el adulterio, etc. Aun más; si se leen las historias y relaciones de ese tiempo, se verá que eran numerosas en el pueblo las conversiones prontas, los cambios repentinos de costumbres, las penitencias extraordinarias y hasta las visiones y revelaciones sobrenaturales. Una señora rompió sus criminales amores despues de haber visto y oído á Jesus crucificado. Un hombre desistió de un criminal propósito por haber escapado maravillosamente de la muerte. Una india, para librarse de tentaciones molestas, subia todos los días descalza y con una pesada cruz en los hombros, el cerro de la Soledad. Esta misma se consagró perpétuamente al servicio del hospital, distinguiéndose por su eficacia y dulzura en la asistencia de los enfermos. Otra india, durante una enfermedad que la privaba del uso de los sentidos, sintió ser llevada al tribunal de Dios: juzgada adversamente, se libró de la pena que merecian sus costumbres libres, por intercesion del casto Esposo de María. Fué tal la amargura que devoró su corazon en aquel momento, que al recobrar los sentidos, confesó sus pecados inundada en lágrimas, y comprobó su sincero dolor con una vida enmendada y penitente. Tal vez semejantes visiones fuesen el producto de un cerebro enfermo; pero eran inocentes, cuando no útiles á la sociedad, y en compensacion no escaseaba generalmente la virtud pura, no se hacian desear las nobles acciones, pasiones indignas no perturbaban la paz del hogar, y á la sombra de la moral, la sociedad se juzgaba feliz.

El Hospital Real ó de San Cosme existia ya sostenido por algunas limosnas y por la parte de diezmos que el rey de España le habia asignado. El templo de Las Nieves se comenzó por entónces á edificar para dar culto á una imagen de la Madre de Dios, copia exacta de otra que se cree pintada por San Lúcas, y que en Roma se conoce con el nombre de Nuestra Señora del Pópulo. San Francisco de

Borja mandó hacer el trasunto y los jesuitas lo llevaron á Oaxaca. Segun se dice, los pontífices y los reyes de España enriquecieron el templo de Oaxaca con privilegios y gracias muy especiales.

El hermano Márcos, jesuita, destinado por San Ignacio de Loyola para compañero de San Francisco de Borja, con autoridad para moderar á su arbitrio las penitencias de este santo, murió por ese tiempo en el colegio de Oaxaca, en donde fué sepultado. Por mandato de sus superiores se habia dirigido á México, desembarcó en un puerto de la mar del Sur y estaba de paso en Oaxaca.¹

¹ Así lo dice Francisco de Florencia en su historia, L. 6, cap. 10, aunque Alegre no se conforma del todo con esta noticia.

CAPITULO III

ULTIMAS LUCHAS DE LOS DOMINICOS EN FAVOR DE LOS INDIOS.

1. Estado en que se encontraba la Sierra.—2. Saravia en la Chinantla.—3. La vida del mijé.—4. Su modo de morir.—5. Márcos de Niza y otros sacerdotes.—6. Incendio de la Villa-alta.—7. San Juan de la Jarcia.—8. Oraciones por los difuntos en Tehuantepec.—9. Inundacion de esta Villa.—10. Los chontales. Los huitzos.

1.—La conquista de la Sierra del Norte á la civilizacion y la fé cristiana, estaba próxima á su terminacion; no se consumaria sin embargo sin nuevas fatigas de los dominicos. El P. Guerrero habia recorrido infatigable dilatadas regiones, haciendo bien por todas partes á su paso. San Ildefonso era su residencia habitual y el centro de sus operaciones: desde allí, él y sus coadjutores partían á considerables distancias, llegando por un lado hasta Totontepec y Chuapan y por otro á la Chinantla, pues aun no estaban divididas las parroquias en estos lugares, que dependían todas de la Villa-alta: la palabra de los frailes fructificaba siempre; mas como no permanecían mucho tiempo en cada pueblo, faltaba á los indios un apoyo constante en sus creencias, que abrazaban cediendo á la irresistible lógica de los predicadores, pero que las abandonaban alejados éstos, ó que, por lo ménos, las viciaban mezclándolas con sus antiguas supersticiones. Así era de esperarse, supuestos la fuerza de